

EL SECRETO DE ESTEBAN

(CUENTO)

UNA de las cosas que jamás he puesto en duda, desde que tuve uso de razón, es el axioma popular de la enemistad, rayana en odio, entre suegras y nueras.

Durante mucho tiempo fué un convencimiento rutinario. Me parecía que era natural, que tenía que ser así, sin que pudiera basar en ningún razonamiento concreto mi manera de pensar. Después me casé. Nos fuimos a vivir a casa de mis padres. Y mi convicción dejó de ser rutinaria para basarse en unos hechos tan reales como desagradables.

Por eso, cuando me enteré de que Esteban, tan feliz en su matrimonio, se iba a vivir con su madre, al quedarse ésta viuda, me eché a temblar por mi pobre amigo. Y cuando me aseguraron que seguían siendo felices y que su madre y su mujer vivían en perfecta armonía e inteligencia, lo puse en duda primero y cuando no pude cerrar los ojos a la evidencia me sobresalté de tal forma que ya no sé si fué el infundio el que llegó hasta mí, rodando, o fuí yo el que echó a rodar el infundio de que Esteban, como médico, había descubierto una droga con la que había logrado hechizar a su mujer y a su madre. Y este era el secreto de aquella artificial armonía y bienquerencia.

* * *

Como antiguo amigo y por llevar a medias negocios de tierras y ganados, frecuentaba bastante la casa de Esteban. Tenía, igualmente, gran amistad con Dora y con doña Pepa y a sus chicos los quería como a mis propios hijos.

No me gusta, sin embargo, fisgonear en las vidas ajenas; por lo que me limité siempre a admirar, con cierta envidia, la paz inalterable de aquella casa, sin intentar siquiera un estudio somero, a base de observaciones siempre impertinentes, sobre la solidez o quebradiza oficiosidad de la misma. De ordinario hablaba con Esteban en su despacho y rehuía, o mejor, me desprecocaba de las escenas familiares.

Aquel día había estado en el campo y al regresar, a la caída de la tarde, tuve que ir a ver a Esteban para hablarle de la venta de la lana. Andaba Esteban algo malucho y me hizo pasar al gabinete, donde se entretenía leyendo revistas de medicina.

—Usted más fuerte cada día,—saludé a doña Pepa.

—No creas, Antonio,—habló con su voz dulzona, sin temblores de ancianidad.—Empieza a fallar el motor. Cada día, que pasa, me aquejan nuevos achaques. No queda más que fachada: por dentro se derrumba el edificio. Gracias a los cuidados que todos me prodigan... Y Lucía y los niños ¿están buenos?

—Bien todos, gracias a Dios.

Tras el saludo, doña Pepa volvió a abismarse en la lectura del devocionario.

Nosotros prolongamos la charla en un repaso general a nuestros negocios y vidas. De pronto la voz de doña Pepa nos trajo a la realidad.

—Tarda mucho Dora. ¿No crees, Esteban?

—Ya te advertí que tardaría un poco. No deberías estar levantada aún, madre. Anda, te llevaré a tu cuarto y que Luisa te ayude a meterte en la cama.

—No, no; esperaré un poco. Ya no puede tardar Dora.

—¿Pero todavía estas levantada, madre?—se recortó, al conjuro de su nombre, la esbelta figura de Dora en el marco de la puerta.

—No es tarde todavía, hija,—se excusó doña Pepa, en cuyos ojos sorprendí una llamarada de incontenida alegría.

—Vamos, vamos. No me paro ni a quitarme esta ropa. ¡Pero si es tardísimo!

Y suegra y nuera, materialmente abrazadas, tras ofrecirme la galantería de considerarme de casa a todos los efectos, se fueron refunfuñando esa sarta de reproches, tan saturados de entrañable ternura, que solo están permitidos entre madre e hija.

Fuí siguiendo la escena estupefacto, boquiabierto, con un gesto tan bobalicon en la mirada y en todo mi ser, que Esteban se estuvo riendo de mí cinco minutos largos.

—¡Es maravilloso!—logré articular cuando Esteban dejó de reír. —Esto lo envidio como no te haces idea. Daría cualquier cosa por ver repetida en mi casa la escena que acabo de presenciar.

—Ahora ya me parece esto facilísimo de conseguir.

—¿Por qué no me das a conocer el secreto?—aventuré, obsesionado con mi idea de las drogas.

—Pues claro que sí. Te daré a conocer la receta que yo he utilizado. Teniendo cuidado en la confección de los ingredientes, sus efectos son infalibles.

Al oír las palabras de Esteban, adquirí la convicción de que era cierto lo de los hechizos y sortilegios. No podía ser de otra manera. Y la perspectiva de descubrir aquella trama médico-infernal me produjo escalofrío.

* * *

Durante un buen rato permanecí mudo, con la mirada fija en Esteban. Me iba paralizándolo totalmente el terror. Su risa se quebraba en carcajadas mefistofélicas, en un «crescendo» constante y macabro, y en sus ojos había fuego, un chisporrotear cambiante de lucecitas, sin duda luciferinas.

—¿Qué te pasa, Antonio? ¿Te sientes mal?—cesó de pronto en sus risas. Se humanizó tanto que de nuevo ví en él a mi amigo Esteban. Esto me tranquilizó.

—No,—me esforcé por sonreír y normalizar mi tensión nerviosa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Chico has puesto una cara tan rara y has gesticulado en tal forma que me has hecho llorar de risa.

Al descubrir la causa de las carcajadas, que se me antojaron satánicas, y de aquellas lucecitas, que el lagrimeo puso en sus ojos y yo calificué de luciferinas, debí enrojecer de vergüenza.

—Bueno, me voy; se me hace tarde,—me levanté, sin saber ya lo que hacía, dispuesto a salvar de una vez la serie inacabable de mis situaciones ridículas.

—¿No querías conocer la receta de nuestra felicidad doméstica?

—Si; pero ya es tarde. Otro día me la explicarás.

—Siéntate, hombre de Dios, y no digas tonterías. Es tarde para mi madre; pero ¿para tí?... ¿No irás a decirme que te acuestas a la hora de las gallinas? La ocasión la pintan calva y no será fácil que vuelva a ofrecernos un pelo tan hermoso como el de esta conversación a solas para hablar de un asunto, no apto para señoras, y que pudiera ser útil.

Me senté nuevamente, completamente aturdido, resignado a penetrar, de la mano de Esteban, en el intrincado laberinto de su malhadado secreto.

* * *

Comenzó haciéndome el relato de hechos que yo ya conocía. Como, a la muerte de su padre, quiso traerse a vivir con ellos a su madre, de bastante edad, a fin de que no quedase sola. Ella se obstinó en no moverse de su casa. Y entonces no hubo más remedio que irse a vivir con ella.

—No creas,—me advirtió,—que carece de interés ese detalle, al parecer sin importancia, de que mi madre no quisiera venir a vivir con nosotros, que es lo que en definitiva mi mujer hubiera preferido. A mí me era indiferente; Dora sin embargo, y mi madre se defendían con tenacidad, utilizando en apoyo de su tesis toda clase de argumentos menos el verdadero. La única razón de sus diferentes puntos de vista, según pude descubrir más tarde, es que en ellas pesa de manera decisiva el concepto tradicional de suegra y nuera y el motivo capital de sus perjuicios y diferencias radica en nosotros como objetos de dominio. Una de las pocas verdades que existen en esta vida, tan absoluta que no le conozco ninguna excepción, es la de que en casa mandan las mujeres.

—Desde luego,—me decidí a intervenir, humanizado por la naturalidad de la charla.—Tienen tal habilidad que mandan incluso cuando simulan obedecer.

—Pues figúrate lo que significa el detalle de la pertenencia de la casa cuando han de vivir juntas dos mujeres que, por los conceptos de madre y esposa, se saben con dominio sobre el hombre y están decididas a ejercer ese dominio. La que pueda ostentar, sobre sus títulos naturales, el de protección y asilo prestado a la otra se hallará en posición ventajosa para imponer sus derechos.

—Claro, claro,—hube de reconocer.

—En torno a este problema de dominio surge una lucha sorda en la que se rehuye la acometida frontal. Como los ataques son de soslayo, al socaire de la torcida intención nacen las suspicacias y con ellas se desfiguran y aun falsean los actos y expresiones más intrascentes e incluso los mejor intencionados. Y en medio de ese combate incruento, como objeto en litigio, pero a la vez como juez y árbitro en la contienda, el hombre en su doble aspecto de esposo e hijo. Imagínate lo que sería un combate de boxeo o un partido de fútbol en el que el árbitro se desentendiese del juego o qué sería de una sociedad en manos de un juez inepto que, despreocupado de la justicia, dictase sus fallos, alegremente, sin oír previamente a las partes y sin meditar la trascendencia de sus resoluciones.

—Sería espantoso,—reconoció.

—Pues esa es, Antonio la misión del hombre que ha de convivir con su mujer y su madre: la de árbitro y juez de paz. De modo que, por extraña paradoja, solo cuando esta situación se produce es cuando el hombre no solo puede sino que debe dirigir e imponer su autoridad.

La charla de Esteban me tenía desconcertado. No tenía ni idea de adonde quería ir a parar con todos aquellos razonamientos. De sobra conocía yo todo aquel proceso, aunque nunca me hubiese parado a pensar en sus causas y forma de desarrollo. Supuse que aquel final a que había llegado de robustecimiento de la responsabilidad y autoridad del hombre no tenía otra finalidad que la de justificar la utilización de procedimientos más o menos repudiados por las leyes y la moral para resolver estas situaciones difíciles, pero tan vitales que el no resolverlas puede acarrear males mayores aún.

—Según eso, lo ideal es vivir entre suegra y nuera para poder mandar en casa,—dije, por decir algo.

—Nada de eso,—me atajó Esteban.—Lo ideal, amigo, es la salud y eso es una enfermedad, una especie de sarpullido molesto. Pero... Si la erupción se produce no hay más que enfrentarse con ella y buscarla remedio.

—¿Y cual es el remedio, si lo tiene?

—Hallar una fórmula de condominio que satisfaga a las dos litigantes.

—Permíteme que te diga que no conoces bien a Lucía.

—¿Ves? Ya dejaste a un lado la imparcialidad, que ha de ser tu principal atributo como juez. Lucía no es ni mejor ni peor que Dora. Tu madre, sin duda, es una santa. Pero tu madre y la mía, además de santas, son mujeres y como tales tienen muchos puntos de contacto con sus nueras, quienes mañana serán. no lo olvides, las santas para nuestros hijos.

—No me convences, Esteban. Si no mira el comportamiento de Lucía y Dora.

—No creas que en mi casa todo marchó desde el principio como ahora. Hubo sus más y sus menos. El aire estaba cargado de suspicacias. Tanto Dora como mi madre daban torcidas interpretaciones a los actos de la otra. Hubo llantinas y pataleos. Y en algún mo-

mento estuve a punto de echarlo todo a rodar y terminar de una vez ante la imposibilidad de una tranquila convivencia.

—Bien. ¿Y cómo lo resolviste?—me impacienté hasta sobresaltarme.—Le diste vueltas al asunto. Estudiáste. Descubriste al fin la droga. Habla, hombre, habla. Dime ya de una vez tu secreto.

—¿Mi secreto? ¿La droga?

—Pues claro, hombre. ¿No ibas a darme a conocer la receta que hubiste de emplear?

—¡Ah! Sí, claro. Bien; pues ahí va la composición de mi droga.

Cerré los ojos y apreté los dientes y los puños, asustado de haber sido yo quien provocara la tremenda revelación.

—En un frasco, atiborrado de un fuerte antídoto,—comenzó diciendo Esteban con toda naturalidad,—se echan todos los prejuicios que encuentres a la mano, que son muchos. Así obtendremos el líquido que llamaremos «mata-prejuicios». En otro frasco análogo se echa una gran cantidad de buena voluntad, sinceridad y deseo de comprensión. Se mezclan al 50 por 100, se agitan con habilidad y el medicamento resultante se suministra en grandes dosis y cuantas veces sea necesario al día. A medida que la enfermedad va cediendo, se disminuye el porcentaje del «mataprejuicios» y se aumenta el de buena voluntad; al mismo tiempo se disminuyen las dosis en cantidad y en número de veces. Se me olvidaba que al breva je hay que ponerle unas gotas de tila. El sistema nervioso juega un gran papel y hay que dominarlo.

Calló Esteban y yo, que poco a poco había ido abriendo los ojos y aflojando dientes y puños, me le quedé mirando, presa de un sentimiento indefinido de desilusión y enojo.

—¿Y eso es todo?—pregunté.

—¿Pues qué otra cosa podías esperar?

—¡Bah! Me has decepcionado. Llegué a creerte un hombre genial y me resultas un vulgar matasanos que pretende curar un mal grave con la consabida Agua de Carabaña.

—No, Antonio, no. Di, más bien, que te ha ocurrido lo que al enfermo que por un simple catarro acude a la eminencia y se sorprende y disilusiona cuando le manda las mismas tabletas que le recetó el médico del pueblo.

—¿No irás a comparar la convivencia de suegra y nuera con un simple catarro?

—Sin embargo, mi receta la suscribiría cualquier eminencia. Sobre todo tiene la garantía de los resultados obtenidos. Sinceramente creo que la mayor parte de las tragedias familiares en este punto se deben a ineptitud o despreocupación del hombre en su papel de juez y árbitro. Es muy cómodo, pero fatal limitarse a lamentar la tragedia, si no es que con actitudes inadecuadas o extemporáneas se contribuye a empeorarla.

—¿Tú crees?

—Me limito a mostrarte la experiencia de mi casa. Poco a poco, entre mi madre y Dora fueron desapareciendo los celos, se fueron aproximando y comprendiendo hasta llegar a la situación actual de

mutuo cariño y felicidad común. Al fin hallaron la tan anhelada fórmula de condominio: Dora se hace la ilusión de que manda en la casa y mi madre de que manda en Dora.

—¿Y tú?

—A mi me mandan las dos; pero en dirección única.

—Bien,—dije, sin mucha fe, mientras me levantaba,—intentaré aplicar tu fórmula.

—Procura que no te descubran el truco, porque entonces estas perdido.

—Descuida.

—¡Ah! Y no te olvides de las gotas de tila.

—¡Desde luego! Las mujeres tienen los nervios muy sueltos.

—No, hombre, no; si la tila es para ti, para cuando ya estés loco y a punto de tirar por la calle de en medio.

* * *

Algún tiempo después la ocasión volvió a brindarnos uno de sus hermosos y raros pelos, por el que hubimos de asirla para reanudar nuestra conversación sobre el tema familiar.

—¿Qué tal esa droga, cuya fórmula te di? ¿Te dió resultado?—me preguntó Esteban.

—Aquella misma noche comencé a ponerla en práctica. Estaba maravillado de los progresos que hacía. Llegó un momento en el que creí que todo se había resuelto satisfactoriamente. Y de pronto... ¡Plaf! Todo se vino abajo con un estrépito espantoso.

—Las recaídas son terribles.

—Al principio creí que se trataba de una recaída. Volví a iniciar la medicación, intensifiqué las dosis... Pero se volvió a repetir el fenómeno. Creo que debe existir algún error en la fórmula, aparte del de la tila, cuya dosis dijiste era unas gotas y yo he tenido que tomarla a tragos.

—Busquemos el origen del mal para poder atacarlo. Cuéntame lo sucedido.

—Verás. Lo que juzgué curación total se produjo en una comida de mediodía. Lucía y mi madre estuvieron tan cariñosas que yo llegué a emocionarme y te dediqué un agradecido recuerdo. Después de comer salió Lucía a casa de su madre...

—Y a la noche,—me interrumpió Esteban,—fué Troya. Amigo mío, lo siento, pero estás perdido. Esa variante del mal no tiene remedio. Ha tomado cartas en el asunto tu suegra y sus inyecciones invalidarán toda medicación.

—¿Entonces?

—Si quieres vivir en paz y tranquilidad con tu mujer, lía los bártulos y vete a vivir a una isla de la Malasia o la Polinesia. A los antípodas, Antonio. ¡Fuera del alcance de las consuegras!

Y ahora si que me indignó el que fuera un mito lo del secreto de Esteban y de su droga infernal.

ANDRÉS CALDERON RODRIGUEZ

Salamanca



Salamanca, vetusta y antañona.

Relicario de amor y de cultura.

Tu laborar constante, te procura

la hermandad de Minerva y de Pomona,

Tu saber y tu historia, se pregona

en libros sabios y en tu piedra dura.

Tu prestigio mundial, vive y perdura

victoriosa rival de la Sorbona.

Cuando entre «castas soledades hondas»

o de tus castañares, en las frondas

el sabio piensa y labra el rabadán,

ambos «huyendo el mundanal ruido»

glosan, del brazo, Cátedra y Ejido

las rimas de Fray Luis y de Galán.

FRANCISCO BELMONTE